



Julián Ríos  
*Cortejo de sombras*



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*





## Cortejo de sombras



JULIÁN RÍOS

# Cortejo de sombras

(La novela de Tamoga)

Galaxia Gutenberg

# Prólogo

## Tamoga revisitada

Escribí *Cortejo de sombras* de 1966 a 1968 en Madrid (trataba entonces de revivir y de recrear sin regionalismos mi particular Galicia, el país de las maravillas de la niñez y de la adolescencia, con sus sombras del pasado ominosas a veces, al que se anexionaba entre nostálgico y fantasmal el país del que te irás y no volverás de tantos emigrantes) y cuando me fui a vivir a Londres, en 1969, me llevé el manuscrito con la intención de añadirle un par de capítulos que tenía ya esbozados. Finalmente decidí dejar el libro tal cual y sólo revisé y corregí el capítulo titulado «Palonzo». Aunque sus nueve capítulos pueden leerse también de modo autónomo, como cuentos, siempre pensé que formaban parte de una novela coral sobre un pueblo y espacio imaginarios, con personajes que se relevaban y revelaban sucesivamente a lo largo de las vicisitudes de sus vidas, relacionadas entre sí en mayor o menor grado.

Algunas de estas historias recibieron premios —así «La segunda persona», el Gabriel Miró en 1969 y

«El río sin orillas», el Hucha de Plata de cuentos en 1970—, pero no me animé a enviar la novela a un editor. Supuse que la censura no dejaría pasar algún capítulo como «Cacería en julio»; pero había otras razones para aplazar la publicación del libro. La principal es que al año de vivir en Londres me metí en el proyecto narrativo de *Larva*, que iba para larga, y además para ancha, pues trataba de ensanchar el castellano y sacarlo de sus castillas para reflejar el mestizaje y cosmopoliglotismo de la gran ciudad como resumen del mundo, y decidí que era mejor que *Cortejo de sombras* permaneciera aún en la sombra, sin ver la luz en el país oprimente que dejaba atrás, mientras el Burlador carnavalesco de la nueva novela seguía con el cortejo de hembras y sombras de la noche a orillas del Támesis. En la vida libre de Londres, enfrascado en el juego de damas y de idiomas y de máscaras de *Larva*, me fui desentendiendo de *Cortejo de sombras* o me pareció tal vez que ya no entendía bien su llano castellano.

Una madrugada de enero de 1970 en Londres, con mucha nieve, después de cenar en casa de unos amigos en Golders Green, en el noroeste de la ciudad, conocí a un taxista que resultó ser originario de Tamoga, o de un lugar muy parecido y cercano. Había llegado a los siete u ocho años con sus padres a Inglaterra y al cabo de un cuarto de siglo se le había olvidado casi completamente el idioma materno. Trataba de decir frases sueltas en español que yo le ayudaba a completar y a pronunciar mejor. Tras llegar a mi destino, más al sur, en Queen's Park, nos



quedamos una buena hora en su coche practicando el español básico de su añoranza reanudada envueltos en los copos que ya habían cubierto de blanco el parque de enfrente. Con cada frase, difícilmente arrancada del olvido, venía un jirón de recuerdo. Sí, sí, insistía. Con el idioma reaprendido venía prendido su pasado breve de párvulo en Tamoga. Aquel taxista londinense, algunos años mayor que yo, intentaba reaprender su idioma y su pasado perdidos. Por el contrario, yo en Londres intentaba desaprenderlos, desprenderme de un país y de una atmósfera asfixiantes. El letrero de la estación de Tamoga –con dos letras desdibujadas– viene a indicar con toda propiedad: «Ahoga». Con la perspectiva del tiempo, que es el mejor mirador, puedo ver que trataba de alejarme entonces de una España que me olía a alcanfor, cuando no a chamusquina, y que me dolía sin duda menos que a Unamuno, cuya célebre frase es parafraseada en farsa y traducida fielmente por el narrador de *Larva* con la exclamación: «Spain pains me!». Y me parecía que la subversión del lenguaje era la mejor aspirina para el mal de los Pirineos.

Se fueron sucediendo los años y los libros, así como otras ciudades en las que viví, y el mecanoscrito de *Cortejo de sombras* se quedó en el fondo de una caja a la espera de que me dignara desempolvarlo y echarle un vistazo. Al cabo del tiempo lo recordaba de vez en cuando no sin un asomo de remordimiento. Por ejemplo, en 1991, cuando vivía en Berlín, pensé que a lo mejor podría ofrecer un fragmento para un dossier que me dedicaba una revista alemana; pero

no tenía entonces el manuscrito a mano. Algunos años más tarde, en una conversación de sobremesa en Nueva York con uno de mis editores norteamericanos, cuando evocábamos los tiempos del franquismo, saqué a colación mi libro inédito, que podría pensarse que se trataba de un pecado de juventud encerrado en el purgatorio. Y hace un año y pico, hablando en París con mis editores franceses, *Cortejo* salió de las sombras para asomarse en nuestra conversación y despertar un interés que yo no sabía entonces si iba a compartir.

Pasaron algunos meses, desde aquella conversación también de sobremesa en París, y en la novela que estoy escribiendo se deslizaron entre los recuerdos de un personaje –desarraigado como aquel taxista londinense– unas evocaciones lejanas de Tamoga. Entonces me dije que yo también debería visitar Tamoga. Y por vez primera desde 1970, no sin aprensión, me puse a leer *Cortejo de sombras*. No hubo enternecimientos paternales ni saudades pero tampoco pseudomasoquismos expiatorios ni sesudas displicencias. Yo es otro, otro autor. Que guarda, por supuesto, las marcas de las vueltas y revueltas de su tiempo. O como diría divinamente Milalias, el protagonista de *Larva*: Yo soy el que es hoy... En realidad, al cabo de tanto tiempo, *Cortejo de sombras* no me dejó otra opción que ser su lector. No tuve, por tanto, nada que añadir ni que quitar. Y me satisface que el libro no se haya convertido en *Cotejo de sombras*, la del texto primero con extemporáneas añadiduras y enmiendas, la del autor que fui con el que soy hoy.

Aprecio de modo especial en *Cortejo de sombras* el cortejo de la forma y del estilo, que desde entonces he intentado emparejar en la escritura. Y, asimismo, la importancia de los personajes en la narración, otro de mis amores que atan y delatan que uno cuenta también para meterse en la piel del otro.

Al acabar de escribir estas líneas veo desde mi ventana un carguero que pasa por el Sena, frente a la isla de Saint-Martin, orilla el pueblecito de Vétheuil y se pierde en otra curva del río junto a la antigua casa de Monet. El curso del Sena lo tengo ya muy aprendido y puedo anticipar que después, cerca de Ruán, pasará delante del pabellón de Flaubert en Croisset para buscar luego la desembocadura e ir a dar a la mar y tal vez tras muchas horas y olas bordear la costa de Tamoga que también fue muchas veces la de la muerte.

J. R.

19 de noviembre de 2007

Cortejo de sombras  
(La novela de Tamoga)

I

# HISTORIA DE MORTES

Fue a fines de setiembre, cuando empezaba a insinuarse el letargo otoñal y las horas transcurrían ya más lentas y el tiempo parecía estancarse como el agua triste de las marismas de Tamoga.

«Un viajante», dijeron o pensaron sin demasiado interés todos aquellos (gente aburrída y ociosa) que a la caída de la tarde se reunían en la estación, al ver la enorme maleta y después al hombre bajo, cómicamente escorado, que trataba de arrastrarla por el andén. «Un escarabajo pelotero», bromeó alguien del grupo, para reanimar la conversación mortecina. Lo miraron todavía unos instantes y nadie quiso molestarle en añadir otro comentario, todos ellos levemente desganados y nostálgicos después de haber visto desvanecerse el tren en la lluvia interminable.

Aquel hombre, aquel forastero, tal vez no supo nunca por qué había elegido este pueblo. O no lo eligió él en realidad: fue el azar, el destino, fue su buena o mala estrella, la fatalidad del momento.

Supimos luego que había citado en el pueblo a una mujer y que ella –joven todavía, casi hermosa, con aspecto de recién viuda– era su cuñada; supimos por Cardona, el comisario, la historia de la huida, el disparatado episodio amoroso; supimos también (ella, la cuñada, se dejó confesar largamente por el comi-

sario, entristecida pero serena, orgullosa de su amor, dócil e incrédula al final, indiferente ya a todo y a todos) que se llamaba Mortes y era representante comercial, que iba a cumplir cincuenta años, que tenía esposa y cinco hijos, un pasado intachable, todo vulgar y anodino, deprimente. Y sin embargo, parece como si él, Mortes, el hombre menos misterioso del mundo, hubiese venido a este pueblo con el único objeto de proponernos una charada aparentemente absurda.

Para nosotros, para nuestra curiosidad, todo empezó un martes de septiembre, a comienzos de otoño, el día de su llegada. Desde la ventanilla del vagón de segunda clase, Mortes contemplaría el andén azotado por la lluvia, el letrero descolorido con la T y la M casi borradas que decía extrañamente A OGA, contemplaría un confuso horizonte de nubes y tejados. Debió de pensar, entonces, que el pueblo era lo suficientemente triste para sus propósitos. Es probable también que lo que le impulsó a apearse en el último momento haya sido el cansancio, el hastío, la certeza de no haber estado antes en este pueblo; la seguridad de no ser reconocido, de no haber arrastrado antes por las calles de Tamoga el inseparable maletón de cuero, de no haber exhibido por sus comercios la sonrisa profesional; también la seguridad y el alivio de saber que aquí no se había recostado sobre ningún mostrador junto a la habitual solterona, para hablar de cintas y botones con la contenida pasión y el aire clandestino del que hace una proposición deshonestas. También es verosímil que le atrayese la situación

del pueblo, la proximidad de la frontera (esto habríamos de sospecharlo luego, cuando vino la mujer), quizás haya contado desde el principio con la estupidez y la curiosidad colectiva, con nuestra falta de perspicacia, aunque ninguna de estas conjeturas sirve para explicar el final de la historia, si es que ha de tener un final. Tampoco se puede descartar que estuviese loco o asustado. O quizás él mismo se enredó en su propio juego, en la mentira imposible en que quiso creer.

Él, Mortes, llegó a Tamoga, tal como se ha contado, a principios de otoño, un día tristón y lluvioso. Y a pesar de que estuvo pocas horas entre nosotros, es recordado con fervor, sobre todo después de los últimos acontecimientos, y son muchos los que afirman haberlo visto, haber cambiado unas palabras con él. Tenía el don de transfigurarse porque cada uno lo recuerda de forma distinta y es posible que todos tengamos razón: alegre, tímido, triste, burlón, insolente, respetuoso, cínico, desabrido, amable, fue todo esto y lo que nosotros digamos de él. Al final nos quedan la fascinación y la imposibilidad de referir esta historia porque las palabras en este caso son más reales que los hechos y una historia sólo merece ser contada cuando las palabras no pueden agotar su sentido. Nos queda también la libertad de imaginar y de atribuir múltiples, contradictorios, oscuros designios a aquel forastero más bien bajo, más bien flaco, más bien desmañado que eligió Tamoga como escenario de su representación. Ahora aquel hombre, Mortes, es sólo palabras y una vaga imagen que empieza a



confundirse en la memoria: un rostro ancho y terroso, de facciones desdibujadas, blanduzco, como amasado con lodo; unos ojos enrojecidos y una bocacicatriz, una voz monótona y nasal que se rompía a veces en un gorgoteo profundo de agua en una cañería; un hombre cualquiera que vestía –sin elegancia y sin excesivo desaliño– un traje marrón arrugado y una trinchera demasiado grande para su talla. Así acude él, Mortes, en los recuerdos y así debió de verlo desde el primer momento don Elío, el jefe de estación.

«Uno está acostumbrado a toda clase de rarezas, sobre todo a mis años y en una estación de frontera como ésta –dirá así el viejo don Elío–. Pero el hombre aquel debía de estar mal del seso, con poco juicio. Miren si no: venía en el tren de las diecinueve quince, casi a su hora esa tarde. Y aquí para siempre cinco minutos, suficientes. Doy la señal de salida y lo veo al hombre, justo enfrente, que da un bote en el asiento y corre hacia el pasillo con la maleta. Se bajó cuando ya arrancaba el tren. ¿Despiste? Bueno, escuchen: medio minuto antes el hombre miraba plácidamente por la ventanilla. Miró a los viajeros, me miró a mí, miró a la estación, fumando tan tranquilo, como si tuviese otro destino; sin preocuparse lo más mínimo de que esta estación se llamase Tamoga, el letrero bien grande delante de sus narices. Oyó la campana como si tocase a misa y luego, en el último segundo, le entra el apuro y salta del tren en marcha, con maleta y todo. Casi se desnucan. Lo hubiesen visto: plantado en el andén, como llovido del cielo y tieso como un espantapájaros.»

De todos modos, no se quedó haciendo la estatua para siempre: buscó la puerta principal y salió a la lluvia, al viento desafiante de Tamoga. Los taxistas que se aburrían en sus coches frente a la estación lo vieron sin esperanza cruzar la plazoleta, desdeñar con un gesto los servicios de los maleteros, dirigirse arrastrando la maleta hacia el autobús de línea aparcado bajo los plátanos. Se sentó junto a los escasos pasajeros en el destartado autobús, contempló aburrido la lluvia y la plazoleta, los plátanos chorreantes, el ostentoso cartel, junto a la carretera, que proclamaba en letras rojas ¡BIENVENIDO A TAMOGA!, hasta que Manco Gómez, el cobrador, se situó frente a él. Según Gómez, el forastero parecía convaleciente o cansado, como después del hospital o de un largo viaje. Se secó la cara con un pañuelo y se manoteó los hombros, empapados de lluvia. Preguntó el precio del billete, qué distancia había hasta el pueblo. Aceptó con alivio la información, como si tuviese prisa y los tres kilómetros de recorrido fuesen un mal menor. Se quedó inspeccionando el billete, como si el papelito de color rosa que dice *Servicio de Autobuses / Tamoga-Estación o viceversa* fuese digno de curiosidad. Luego de un buen rato, levantó la vista para preguntar:

–Tal vez usted pueda informarme... Algún hotel o pensión que no aloje demasiados chinches o pulgas –sonriendo al cobrador.

«Le indiqué el Londres –contó Gómez–. No sé por qué, me cayó bien el tipo. Quizá porque era distinto a los viajantes que vienen por aquí. Porque me entregó las monedas en la mano izquierda, sin pas-

marse al ver el muñón, aceptando con naturalidad que a un cobrador le pueda faltar una mano o una pierna mientras no se le largue nadie sin pagar. Después me dijo Gracias, pegó la cara al cristal de la ventanilla y estuvo mirando todo el tiempo para las marismas, hasta que entramos en el pueblo.»

Se alojó en el Londres, inscribió su nombre y las señas completas en el registro del hotel, aguantó la mirada impertinente de doña Milagros, erguida y calceando como de costumbre en su trono –la silla de ruedas– detrás del mostrador de recepción. (Sentimentales, algunos sospechamos que doña Milagros fundó el hotel no sólo para demostrar a todos los habitantes de Tamoga su fortaleza y su capacidad, que de ningún modo era una inválida y que jamás aceptaría la compasión de nadie, sino también con la secreta esperanza de que algún día su marido tenga el atrevimiento nostálgico de volver a Tamoga. El marido la había abandonado en plena luna de miel, cuando ella tuvo la lesión de columna, asustado por lo que se le venía encima: sin dinero ni empleo entonces e incapaz de soportar un día más el carácter irascible de su mujer, debió de adivinar en un momento de pánico y lucidez el futuro infierno. Vivían en ese entonces junto al barrio de los portugueses, en una casa que era propiedad de un tío de doña Milagros, un viejo solterón, avaro y extravagante que había prometido legar toda su herencia a la sobrina si lo cuidaba en la hora de la muerte –como todos los viejos, en su afán de perdurar, debía de prometerse una muerte lenta y laboriosa–, aunque en vida se negó ro-

tundamente a soltar un céntimo. Eran años malos. Una mañana cualquiera, el marido se despidió de ella como todos los días, con la desgana y la sonrisa forzada de siempre: «Voy hasta el puerto. Vino un barco inglés», dijo. Fue la última vez que doña Milagros oyó la voz de su marido. Poco después murió el viejo, como si sólo hubiese estado aguardando la fuga del marido de su sobrina para cerrar los ojos en paz. Ella, con el dinero de la herencia, decidió establecer un negocio hotelero desoyendo a los que la aconsejaban que viviese de rentas. Desde entonces, doña Milagros, curiosa y vigilante, permanece a todas horas en el vestíbulo del hotel, sostenida en su silla de ruedas por la esperanza y un antiguo presentimiento –si el marido decide regresar algún día, tal vez se hospede en el Londres, incauto como la mayoría de los forasteros, atraídos por el cosmopolita nombre del hotel, sin sospechar que le aguarda la momia-recién casada tejiendo y destejiendo venganzas–, escrutando hasta la impertinencia a todos los viajeros que llegan, tratando de comparar sus rostros con unas facciones que empezarán ya a desdibujarse en los viejos borradores de la memoria, o tal vez, simplemente, tratando de adivinar su grado de solvencia.)

Así pues, Mortes aguantó el alfilerazo de los ojos de doña Milagros, pidió un cuarto individual con baño, dijo que no sabía el tiempo que iba a permanecer en Tamoga. «Un día, dos o una semana. Según vayan las cosas», dijo mientras acababa de rellenar el impreso. «O a lo mejor, me quedo para toda la vida», añadió guiñando un ojo a la vieja, tratando de hacer una broma que ella no supo apreciar.

Viene luego el informe prolijo de Alcides, uno de los incontables ahijados de doña Milagros. Alcides, enfundado en su habitual traje negro, fúnebre y servicial como siempre, con sus alambicados gestos de marica, destilando su empalagosa retórica de antiguo seminarista, con la cabeza reluciente, perfumada y gomosa, hizo su aparición para tomar la maleta, luego de un lánguido forcejeo servil, y guiar al forastero hasta la pieza correspondiente, en el primer piso.

«La maleta pesaba como si tuviese libros o plomo, o un muerto dentro», habría de exagerar Alcides.

—Así. Puede dejarla sobre la cama —pidió Mortes.

No pareció desagradarle la habitación, pequeña y sombría, situada en la parte posterior del hotel.

Apartó la cortinilla descolorida y se asomó a la ventana. A muy poca altura, podría ver el suelo lleno de charcos y montes de basura, los galpones y barracas de los portugueses enfrente; y más lejos, las lomas peladas, barridas por el viento, y el agua quieta y gris que lamía el horizonte.

Dio luego varias vueltas por el cuarto, pasó la mano con precaución por la desgarradura del empapelado esperando descubrir un nido de chinches o algo peor. Abrió el ropero, asomó la cabeza y de un manotazo arrancó un arpegio triste a las perchas metálicas que colgaban en el interior. Continuó la inspección minuciosa: fue al cuarto de baño, accionó la cisterna, dio un paso atrás al oír el tenebroso gorgoteo del agua, encendió la luz, se contempló unos segundos en el espejo y se pasó los dedos por las mejillas, como si necesitase comprobar al tacto que tenía

barba de varios días. Por último, abrió los dos grifos del lavabo.

–No hay agua caliente –dijo, con la expresión del que acaba de descubrir una estafa.

–Sólo por las mañanas –suspiró Alcides, aburrido de repetir el mismo estribillo desde hace ocho años.

Volvió al dormitorio y comprobó satisfecho que había dos sillones de mimbre, una lamparita portátil sobre la mesilla de noche, un gran cenicero de porcelana y una botella de agua tapada con un vaso. Quizá trataba de aparentar que era exigente, que iba a pasar varios días en Tamoga y quería escoger un sitio cómodo.

–Mercería o tejidos –preguntó Alcides, dispuesto a ganarse la propina.

Tardó en contestar mientras descubría alarmado la quemadura que había en la colcha, la mancha de humedad en la pared que dibujaba un enorme cangrejo dispuesto a desplomarse sobre la cabecera de la cama.

–De todo un poco –llegó al fin su respuesta, desganada, elusiva, hablando a la ventana o a nadie.

–Puedo informarle sobre el comercio de esta plaza –ofreció Alcides, para ir de una vez al grano.

«No parecía interesado –se quejó más tarde Alcides–, apartó con el pie el borde arrugado de la alfombra y se volvió con un gesto afligido, casi de repugnancia, como si acabase de complicarlo en un negocio sucio.»

–Mire –le dije, en tono confidencial–. Mire usted. Aquí hay comercios con mucha fachada, estupendos

por fuera, que tienen los mismos artículos en el escaparate desde hace medio siglo. No crea que exagero. ¿De qué viven? No me lo pregunte: eso no lo sabe nadie. Aquí tenemos tiendas, en el centro del pueblo (sí, las verá usted enseguida), con lunas así de grandes y letreros que dicen Hijos de Tal y Cual, Sucesores de don Mengano, Casa Fundada en 1860, Últimas Novedades de París, todo muy historiado. Y usted entra y sólo hay polvo, cagadas de moscas y artículos del año de la nana, apolillados o medio podridos. Sí, en ferias venden algo, cuando bajan a Tamoga los campesinos de Páramos, de Santa Cruz, los pescadores de Providencia y de Puerto Angra. Y pare usted de contar. Créame: son tiendas muertas. Pierde uno el tiempo tratando de introducir novedades, artículos de moda.

«Aquí hago siempre una pausa, la definitiva, antes de proponer los nombres de los comerciantes prósperos y emprendedores. Pero el tipo no estaba impresionado, luego del derroche oratorio. Sonrió con cara de pena, nada más, como diciendo qué le vamos a hacer...»

–Bueno –dijo como pidiendo disculpas–. Bueno, no necesito cicerone..., ¿verdad? A mí me gusta inspeccionar primero el campo de batalla, adivinar dónde me espera la suerte o la desgracia, ¿eh?

«Dígame qué hace uno con un hombre así. Entonces yo ya no pensaba en la propina, sino en la suficiencia, en el desprecio del tipo. Ahí ya me empezaron a entrar sospechas. Estoy harto de tratar viajantes y todos son curiosos, y más cuando llegan

por primera vez a un pueblo y no conocen a nadie. Enséñeme uno que no sea curioso. Bueno, pero él enseguida trató de hacerse perdonar: sacó del bolsillo un billete arrugado –de veinticinco–, lo alisó y me lo tendió sonriendo.»

–Ya veremos mañana –dijo en plan de despedirse.

«Yo estaba ya en el corredor, cuando me volvió a llegar la voz nasal, cansada, calmosa.»

–Aquí, por la tarde, por la noche –soltó un carraspeo y dio unos cómicos pasos de lado–, ¿qué se puede hacer?

«Ajá. El tipo era de los que llevan por dentro la procesión. Un buen pájaro nocturno, sin duda.»

–Éste es un pueblo aburrido –dije sin rencor, sin ánimo de mentir–. Claro, tenemos tres cines. Bueno, los martes sólo funciona uno, el Moderno. Hoy pasan una película nacional: *La amada invencible* o algo así. No recuerdo muy bien. Tenemos demasiados bares y tabernas. Dos salones de baile sábados y domingos. Y tenemos el Terranova, que está abierto todos los días hasta la madrugada.

«Ahora me escuchaba con atención, tratando de imaginar por mis palabras lo triste que puede ser un pueblo de la costa después de la temporada veraniega. Acabé de enumerarle los placeres de Tamoga, con la sensación de que empezaba a vengarme y de que él iba a empezar a sentir el peso de las horas, lo deprimente, lo larga que puede ser una noche en este purgatorio.»

–Antes teníamos unas casitas alegres junto al río –me puse a recordar, a contagiarme la nostalgia, a



pensar en Materno el eunuco cuando se instaló con sus cinco siemprevírgenes y la tómbola del amor en las ruinas de la vieja fábrica de salazones, en los buenos tiempos, cuando funcionaba el cargadero de mineral—. Pero la cerraron y ahora nuestro único lugar de perdición es el Terranova. Ahí puede oír música, bailar, beber unas copas y, si no es demasiado escrupuloso, conseguir compañía. Aunque siempre le quedará el consuelo de ver alguna cara tan aburrida como la suya; o en el mejor de los casos, regresar al hotel con el recuerdo de alguna mujer no demasiado horrible. Aunque esto, en confianza, señor, no se lo puedo garantizar.

Mas tarde, cuando aparentemente estaba todo concluido, el comisario Cardona, por rutina, afán y manía de ordenar con lógica lo que quizá no guardaba ninguna, trataría de reconstruir el vía crucis del forastero, procurando que no quedasen huecos en el tiempo breve que Mortes gastó con nosotros.

Él, Mortes, debió de permanecer en la habitación del hotel unas dos horas, tumbado en la cama (la huella de su cuerpo sobre la colcha permanecería aún a la mañana siguiente como prueba de que no había pernoctado en el Londres, de que no era un fantasma y había existido realmente durante unas horas en Tamoga), rumiando penas y proyectos, emborrachándose de sueños, acunando al miedo, oyendo el ruido de la lluvia contra los cristales, tal vez pensando de cara a la pared: «Estoy en este pueblo rodeado de agua por todas partes, y todavía no sé qué voy a hacer».

Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2006  
concedido a Galaxia Gutenberg por el Ministerio de Cultura

Diseño: Josep Bagà

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/  
Galaxia Gutenberg

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona

[www.circulo.es](http://www.circulo.es)

[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

1 3 5 7 9 7 0 1 2 8 6 4 2

© Julián Ríos, 2007

© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2007

Depósito legal: B. 47008-2007

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica

N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts

Barcelona, 2007. Impreso en España

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-2736-9

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-691-0

N.º 41830